

¿Sin tomas?

ESTANISLAO ANTELO*

*No, yo no quería libertad. Quería únicamente una salida:
a derecha, a izquierda, adonde fuera. No aspiraba a más.
Aunque la salida fuese tan sólo un engaño:
como mi pretensión era pequeña el engaño no sería mayor.
¡Avanzar, avanzar!*

Informe para una Academia. Franz Kafka (1917)

Son tantas las cosas que se toman hoy en día que las bullas desatadas por las tomas de escuelas me parecen un poco exageradas. ¿Qué esperaban? ¿Carmelitas descalzas dispuestas a saciar los deseos del Sr. PISA? ¿*One salame per child*? ¿El resurgimiento del brazo estudiantil de alguna organización guerrillera? ¿Cuál es el problema con las tomas?

Sí, es probable que las tomas hayan reactivado un sentimiento bifronte. Por un lado, una dosis considerable de algarabía juvenil (setentista) azuzada por aquellos que ven en las tomas un “reverdecer de la participación política”. Por el otro, el rancio y nostálgico ronroneo conservador que sacude la cabeza y afirma -parodiando un enunciado extraordinariamente peronista, o más precisamente, invirtiéndolo- que con todo este jaleo los únicos perjudicados son los chicos. Entre ambos yerros visualizo dos dificultades.

La primera, generacional. Ex *hippies*, vociferadores profesionales, campeones de la protesta social que aman salir en la tele, ocupan todo el espacio y rehúsan abandonar ese lugar de omnipotencia que requiere, estructuralmente, ser abandonado para que los que vienen ocupen su propio lugar. Viejos tomadores de antaño que celebran que sus hijos no los traicionaron. Al fin y al cabo -afirman- son lo que nosotros quisimos que sean, son lo que nosotros soñamos que sean, están en el lugar exacto que les guardamos en nuestros sueños. Cuando eso sucede, las tomas se pueblan de adultos que foguean y acampan en las escuelas con sus hijos. Toda una lección de cómo utilizar el espacio para obstruir unas vidas.

La segunda, educacional. Hemos escuchado a los pedagogos progresistas pedir más autoridad por izquierda, ignorando que el problema educativo es siempre de los adultos, no porque se ausenten sino porque están demasiado presentes. Pero ignorando, fundamentalmente, que no existe ningún retorno de la autoridad en ninguna parte. Como consecuencia inmediata de la insólita demanda de aquello que alguna vez padecemos, florecen las lecciones de profilaxis y las estrategias seductoras que suponen que, poniéndose del lado de los chicos, recordando cándidamente que los chicos están solos y que es menester culpar a los adultos por desertar, todo va a mejorar.

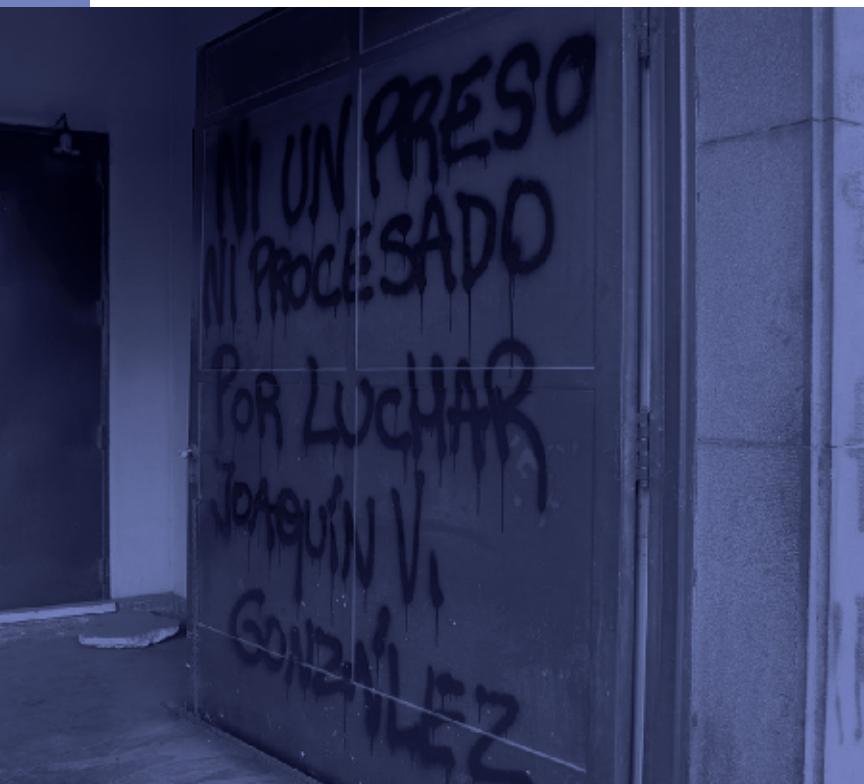


Dr. en Humanidades y Artes con mención en Educación, Universidad Nacional de Rosario; Mg. en Educación, Universidad Nacional de Entre Ríos; Especialista en Pedagogía. E-mail: anteloe@fibertel.com.ar

Tiendo a pensar que es un desatino y que esa exacerbada preocupación infanto-juvenil oculta un deseo retorcido de reconocimiento. Como es bien sabido, para los educadores, los niños y los jóvenes tienen una importancia relativa. La cuestión educativa no se restringe a los educandos. Sería más prudente decir “nuevos” y “viejos”, o los que estaban antes y los recién llegados ya que el cambio de nominación puede aliviar el pensamiento y liberarnos un poco del pastiche psico-sentimental que da forma a la prosa pedagógica actual. Por último, es falso que los adultos rechacen la autoridad. Esa idea psico-mediática, nacida en el interior de los divanes de los psicoanalistas desocupados, ignora la complejidad de lo que está en juego y exagera lo que denuncia: la demanda de autoridad y su fracaso son una sola y misma cosa.

Tal vez la diferencia existente entre viejas y nuevas tomas aclare el panorama. Antaño, la fuerza mayor de la encerrona escolar supo concentrarse en “la salida”. En efecto, en cierta medida, somos herederos del abatimiento institucional que ayudó a formatear el deseo de salir, escaparse y crecer contra la escuela, contra los padres, contra viento y marea. Tomar era tomárselas. El agobio generado por el conflicto entre el deber y el querer era abrumador pero productivo. ¿Qué permanece de todo eso? Lo ignoro. Pero es probable que las

causas actuales de la toma escolar radiquen en otro lado.



Tal vez podamos identificar sobre el fondo del ocaso del deseo de salir (ya que en cierto modo estamos afuera, sacados o atrapados por el afuera) otro poderoso anhelo, que consiste en no separarse de los que uno quiere, es decir: el deseo no ya de salir, sino de seguir, imitar o identificarse con aquellos que uno quiere, hasta la victoria siempre o hasta donde sea que sea, pero con los amigos. Pienso que se subestima la fraternidad escolar. Existen miles de chicos que no se quieren ir de la secundaria porque ahí se socializan y encuentran su pequeño lugar en el mundo. Primero, encuentran la creencia, el amor y la amistad; luego, al final -incluso innecesaria- la doctrina. Esa es la razón por la que me inclino a pensar que la explicación del fenómeno es más ramplona pero no menos cierta de lo que se tiende a postular entre los aduladores y juzgadores

profesionales de jóvenes. Mucho más inquietante que las tomas me parece el hecho reciente en el que una maestra fue beneficiada con una licencia a causa de su fobia escolar.